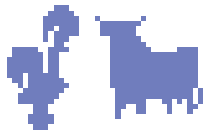

Ágora Escena

LA CULTURA PORTUGUESA
ENVUELVE LA CIUDAD

LA CULTURA PORTUGUESA ENVUELVE LA CIUDAD

PILAR GALÁN RODRÍGUEZ

LA MIRADA SIN PREJUICIOS. Ver no es mirar. Así lo distinguen todas las lenguas que conozco, así nos lo ha transmitido nuestra herencia clásica.

Ver no es mirar. Trato de explicar la diferencia en el taller literario al que acudo cada lunes. No hay forma de ponerse de acuerdo. Mirar no significa aprehender, mirar es pasar los ojos por encima de las cosas, como hojeándolas. Ver es distinto, es la luz, la comprensión súbita de que las cosas están sucediendo y sus causas. Eso dicen en el taller. Otros hablan de que es cuestión de velocidad. Es mucho más lenta la mirada, más intensa. Ver es asistir sin participar, ir a ver, a ver si nos vemos, ver a alguien, pero mirar a alguien es distinto, lleva su tiempo. Son lo mismo –afirman otros–, aburridos quizá de algo que no puede explicarse.

Intento anotar todas sus palabras. El griego lo distingue muy bien, por ejemplo. El verbo que significa mirar (Zeaomai) está en voz media, en la voz que indica la participación del sujeto. De esa raíz, surge la palabra teatro. Un espectador es el que mira. ¿Se ve una película o se mira? ¿Se mira una obra de teatro o se ve? Un espectador participa de lo que está viendo.

Esta noche voy al teatro, les digo. Y mañana tengo que ver un documental, pasado, cortos… Se celebra la VII edición de *Ágora* en Cáceres y tengo que hacer la crónica de las actividades culturales.

O sea, tienes que hacer una crónica de lo que veas.

O de lo que mires —salta enseguida otro.

¿Qué vas a ver o a mirar?

Solo uno pregunta de qué va la obra de esta noche. Les leo el cartel.

No tiene buena pinta —dice. Una adaptación, Camões, seguro que cogen el clásico y lo destrozan. Como en todos los festivales de ahora.

Lamentablemente, estoy de acuerdo con él. Llevo un tiempo en que, salvo algunas honrosas excepciones, casi siempre salgo desilusionada del teatro. Se ha convertido en algo que no se entiende, y si no se entiende, deja de ser una forma de comunicación para llamarse ejercicio narcisista o psicoanálisis del autor. Y lo de los clásicos mejor dejarlo. Las últimas adaptaciones que he visto (o mirado) son penosas. Lo clásico solo sirve como motivo para paliar la escasez de imaginación.

Las últimas adaptaciones me han dejado un cierto sabor a vergüenza ajena. Y esta obra va camino de lo mismo. La representa la Companhia do Chapitô y se titula *Talvez Camões*. Según el programa "es una pieza más visual que textual desarrollada en pleno siglo XVI en la que la mezcla de ironía, comedia, humor y parodia es una constante. Tras una conversación entre los dioses Júpiter, Baco y Venus en el Monte Olimpo, tiene lugar una secuencia de escenas que intentan reconstruir episodios de la vida y averiguar todos los misterios del célebre poeta portugués Luís Vaz de Camões, autor de Os Lusíadas.

Una vida narrada con imprecisiones históricas geniales, una pieza hilarante y repleta de peripecias que ha tenido un enorme éxito en los lugares en que se ha representado y que recibió el premio al mejor espectáculo de sala en la VIII Feria de Teatro de Castilla y León, celebrada en Ciudad Rodrigo.

Lo dicho: elementos clásicos, *Os Lusíadas*, imprecisiones históricas, a camino entre la parodia y el humor, o sea, al borde mismo del esperpento… En fin. Que no quiero adelantar acontecimientos. No me gustan los prejuicios y además no se puede hacer una crónica de lo que no se ha visto. O mirado.

—¿Es en portugués? preguntan.

—Imagino—les contesto.

—Bah, es fácil, no te preocupes, el portugués se entiende enseguida. Nosotros no hemos tenido nunca problemas cuando vamos a comer a Elvas.

Se me ha hecho tarde y no puedo entrar en más discusiones. Es hora de coger el coche, conducir una hora y cuarto y volver a Cáceres.

Pero no, no estoy de acuerdo esta vez. El portugués no se entiende enseguida, son los portugueses los que hacen el esfuerzo de entendernos cuando vamos a Elvas; y no, no es lo mismo ver que mirar. Se mira un cuadro, pero no se ve. Se mira a las personas y a los paisajes. El teatro (ya lo decían los griegos) se mira.

Entro en mi ciudad con esa idea. Sin pensar en tópicos. Sin querer caer en prejuicios. El portugués no es fácil, el teatro aún puede sorprendernos y tengo una semana por delante para mirar. O para averiguar qué merece ser visto y qué es digno de ser mirado. Menudo lujo.

LUNES 23 DE OCTUBRE

LA COMPANHIA DO CHAPITO REPRESENTA, EN CÁCERES, LA OBRA *TALVEZ CAMÕES*

La lluvia es un recurso de los escritores de provincias, escribe Umbral. Pero hemos dicho que vamos a dejar a un lado los tópicos. El caso es que llueve de verdad cuando entro en Cáceres. Es una lluvia mansa, que cae con desgana sobre los miles de millones de coches que buscan aparcamiento cerca del Gran Teatro.

Cáceres es una ciudad difícil para aparcar. No es un tópico, es una descripción realista. Normalmente para mí no es un problema. Me gusta andar, me parece otra forma de mirar la ciudad, de vivir sus calles. Tampoco parece problema para la gente de aquí, amigos de tertulias en los semáforos y citas improvisadas en la puerta de los bares. Sin embargo, todos estos amables paseantes (yo incluida) hemos caído esta noche en el vicio contrario y rodeamos una y otra vez el Gran Teatro acechando un hueco libre.

Deja de llover justo cuando encuentro sitio, en la calle de arriba, muy cerca de la entrada. Para que te fíes de los tópicos. Y, en cuanto cruzo la puerta del teatro, otro lugar común queda pulverizado. Es lunes y llueve, y la obra es en portugués e incluso puede que se esté celebrando uno más de los millones de partidos del siglo que hay cada semana, pero el patio de butacas está

lleno, y no cabe nadie en los palcos. Y no todos son estudiantes o profesores o cronistas.

Agacho la cabeza y prometo no volver a caer en prejuicios. No es la última ocasión en que haré esta promesa. Ahora me queda abrir los ojos y no pensar en decepciones anteriores.

El público está entregado desde el principio. Yo, que formo parte de los que miran, también. Cómo no hacerlo. Los tres actores se dedican a una *captatio benevolentiae* perfecta: uno de los actores se dirige a una persona que llega tarde para indicarle que aún queda sitio y hace ademán de buscárselo, otro hace bromas con un móvil que suena, y otro se dedica a hacer una encuesta para saber si los espectadores quieren que la obra se represente en portugués o en español. Bueno, no en español porque es imposible, pero sí en portuñol, afirma. Portugués, portugués, gritan algunas voces, y se levantan manos, manos que yo maldigo en secreto, todo sea dicho. Bien, hablaré en portugués, dice el actor. Y acto seguido, ante mi regocijo interior, dispara un discurso muy rápido en este idioma para hacernos ver que no es tan fácil entenderlo, y pasa a portuñol ante las risas de complicidad del público, vencido del todo.

Yo, desde luego, me alegré, aunque tampoco hacía falta saber idiomas para seguir su juego. Es más, cuando dudaban de alguna palabra, se la preguntaban al público que no tardaba en responder, participando en el juego desde el principio. Luego me enteraría de que no a todo el mundo le gustó que se hablara portuñol. Algunos profesores se indignaron un poco. Y algunos alumnos de la escuela de idiomas más todavía. Tal vez se trataba de buscar puentes que nos acercaran a la risa, no caminos que nos llevaran al desencuentro. Además, mucho más importantes que las palabras eran el lenguaje gestual y las onomatopeyas. Y su portuñol era más portugués que español. Doy fe.

Idiomas aparte, me fascinó la obra. Imitando su ritmo endiablado podemos resumirla así: Tres actores, lleno absoluto, divertidos cambios de vestuario que se hacían solo con una sábana, escenario con sofá, caja y basura que se convertían en mesa, altar o regalos, una botella de vino y un cigarro. Tres dioses que eran mujeres, niños, Camões, camello (hilarante el episodio del camello), danzarinas del vientre, viejos árabes, Baco, bibliotecas con estantes

movientes y humanos (maravillosa la escena en que los actores se convierten en estantes que ofrecen o niegan libros al escritor, parodia de cómo alcanzó el conocimiento en Coimbra), duelo a cañonazos, dioses que obligan a Camões a escribir, Baco en la tierra, de una comicidad única el cortejo a la mujer que ha de dar a luz al hijo de Baco, mejor aún el embarazo con un vientre hinchándose, no se sabe muy bien cómo y el parto, un bebé lanzado al aire y recogido en brazos por su padre, bebé que segundos más tarde ha crecido hasta convertirse en dios, aunque con pañales. Rápidas e ingeniosas las tres versiones de la pérdida del ojo de Camões. ¿Para qué hacían falta las palabras?

De camino a casa, sonreí acordándome de aquella vez en Mérida, cuando ya licenciada en Clásicas y acompañada de otros licenciados en lo mismo, fui a ver una comedia de Aristóteles en griego. La música y la escenografía eran espectaculares, pero no nos enteramos de nada, o casi nada, por supuesto. Nos mirábamos los presentes sin atrevernos a confesarlo, como en el cuento del traje del emperador, hasta que la risa de vernos con los ojos medio cerrados y el ceño fruncido (como si así fuéramos a enterarnos mejor de aquellos aoristos que pasaban veloces sin rozarnos, pobres aprendices creyéndose maestros) nos hizo confesar la verdad. No nos enterábamos de nada. Entonces, muy serio, ante nuestros murmullos, alguien de delante nos llamó la atención.

—Perdone, le dijimos y le explicamos la situación.

—Ah, yo tampoco me entero de nada, menos aún que vosotros, que no sé ni latín.

—¿Entonces?

—Es la costumbre, no se puede hablar en el teatro.

Pues eso.

Y también me acordé del festival de teatro grecolatino de Mérida para alumnos, que consigue amansar a las fieras, o sea, cautivar a cientos de alumnos con palabras que son tan antiguas como las piedras donde se sientan, con esa magia antigua que solo el teatro de verdad logra.

Y llegué a casa, muerta de cansancio, pero imaginando por qué los organizadores de *Ágora* habían elegido empezar así la semana. A partir de ahora esperaba solo maravillas.

Así, reconciliada con el teatro y la vida, con una sonrisa en los labios, me senté delante del ordenador y empecé a contar lo que había visto. Palabras de las que nacen palabras, actores que provocan el olvido del cansancio y la lluvia, del lunes, de la noche, de la imposibilidad de buscar aparcamiento, de la semana que no ha hecho más que empezar.

Bibliotecas que se mueven, estantes humanos, bebés que crecen en un segundo. Esto sí es teatro. Lo que acabo de ver. O de mirar. Y de incógnito, que nadie me ha pedido las credenciales de cronista. Menos mal que conocía de antiguo a Javier, de la época de las palabras, de la facultad y otros pleistocenos. Y me ha saludado y me ha dado la bienvenida a esta edición de *Ágora*.

Iba tan confiada en que no iba a tener problemas para sentarme que casi me quedo sin sitio. Para mirar. Para que vieran que estaba mirando. Para ver las miradas de otros, espectadores como yo, expectantes el primer día de esta semana que se promete agotadora y feliz.

MARTES 24 DE OCTUBRE

ESTRENO DEL DOCUMENTAL FORA DA LEI. FILMOTECA DE EXTREMADURA. DIRECTORA: LEONOR AREAL.

Otro falso lugar común. Otro prejuicio. La parte antigua está vacía un martes de otoño por la noche. Quién va a ir a ver un documental en portugués, salvo la cronista, los organizadores y los de la escuela de idiomas.

Mira bien por dónde vas, dice mi madre. Que no te vean sola. Aparca cerca. (Sonrío ante la ilusa esperanza materna de conseguir dejar el coche cerca de la Filmoteca).

Mi madre piensa que hay doscientos hombres del saco por metro cuadrado de parte antigua, o quizá más aguardando en la puerta de la Filmoteca. Se comunican por radio en cuanto una cronista despistada y con gafas cruza el Arco de la Estrella.

No hace frío, pero cae una lluvia persistente que se vuelve dorada en las farolas. Tranquilidad absoluta a la hora de cerrar las tiendas, conversaciones rá-

pidas de los comerciantes de recuerdos en la plaza de San Jorge mientras el agua se desliza mansa sobre la fachada de la iglesia de la Preciosa Sangre. Está cerrada la Taberna del inglés, así que hay que seguir sin tomar ese café que caliente el cuerpo destemplado de agua y frío en este mes de octubre tan repentino después de seis meses de verano. Los pies empapados, sola en la calle empedrada mientras la hiedra de la taberna se enreda en goterones, sin escuchar una sola voz, no se puede dejar de pensar que las madres siempre tienen razón y que lo más seguro es que la filmoteca esté casi vacía.

Sin embargo, lo primero que sorprende al entrar es la cantidad de paraguas que desborda el paragüero. Una de dos, o cualquiera de los monstruos de cien manos invocados por mi madre ha venido o hay que eliminar el tópico de que una noche así nadie atraviesa la ciudad para ver un documental. Escojo lo segundo, guiada por mi estado mental aún levemente satisfactorio, pero sobre todo por las voces que llegan del otro lado de la puerta.

He llegado antes de tiempo, aun así hago lo que creo que van a ser unos minutos extra (luego serían más de media hora, no extra, sino de auténtico lujo) y entro en la sala. Está completamente llena. Incluso hay gente de pie al final. Hace calor, quizá por la alta temperatura de las intervenciones de uno y otro lado, en ambos idiomas. Allí, olvidadas del frío y de la lluvia, se alzan las manos pidiendo turno, queriendo participar en el debate *¿Orgullo o prejuicio? Percepción pública de la homosexualidad en España y Portugal*. Cualquiera se acuerda ahora de las calles oscuras, si dentro la gente habla de esperanzas y luces y todo es entusiasmo.

Miro a mi alrededor intentando situarme un poco. La sala está increíblemente llena. Si siguen así las cosas voy a tener que pedir una credencial de cronista, credencial que yo solo creí necesitar para Sara Tavares o Som Ibérico.

Una hora después, obligados por el programa, los ponentes abandonan el debate. Pero el público no se levanta. Y la cronista, que está empeñada en hacer una crónica sin prejuicios, se queda con ganas de escuchar más de estas personas que no solo miran sino que se empeñan en transmitir una vida libre de juicios previos.

Como no sé aún si tengo que ver o mirar, abro bien los ojos dispuesta a llenarlos de imágenes. Se proyecta un documental que, según el programa,

trata de los problemas de dos mujeres recién casadas en un país en el que no es legal el matrimonio entre personas del mismo sexo. La directora, allí presente, pronuncia unas brevísimas palabras a modo de introducción. El tema promete. Para una nueva mirada contra prejuicios. Además el ambiente está ya preparado por el debate anterior. Quizá precisamente en contraste agudo con éste, el documental se hace demasiado lento. Trata un tema muy actual, de hecho empieza con imágenes de la boda y las palabras del abogado amigo que habla de que están pendientes del fallo judicial sobre esa boda. Luego todo se vuelve cuesta arriba para las protagonistas, búsqueda de piso, colegios, trabajo, etc. Podría decirse que es la historia de dos mujeres con una hija, pero a su vez ellas también son frágiles, aunque tengan que mostrarse fuertes ante la niña.

El ritmo es demasiado lento. Una mirada sin prejuicios y objetiva, nada técnica, concluye que el agobio de la lentitud puede que haya sido elegido para reflejar el agobio de la incertidumbre de estas dos mujeres.

A mi lado, uno de los muchos entendidos de cine que hay en nuestra ciudad, concluye que la lentitud es una característica típicamente portuguesa.

Tienen otro tempo—dice.

Ya. Igual que el portugués es fácil, el aparcamiento posible y la parte antigua está llena de asesinos a sueldo a partir de la hora en que la gente normal se recluye en sus casas.

Fuera, más tarde de lo acordado, cae otra vez la lluvia, pero no cae solo sobre mí, sino también sobre el grupo de gente que ha elegido conocer un poco más cómo se vive la homosexualidad en el país vecino. Muchos ojos empañados de lluvia, ralentizados por el documental pero aguijoneados por el debate, llenan la parte antigua de comentarios y risas. Demasiada gente para la que una creía que podría haber un martes por la noche.

Mi madre, como casi siempre, no tiene razón.

MIÉRCOLES 25 DE OCTUBRE. Otra vez lluvia. Me han informado por teléfono de que lamentablemente se ha tenido que cancelar la actuación de Som Ibérico. Por lo menos, así puedo disfrutar de los siete cortos de esta noche. Si no,

y visto que en mi normalidad carezco del don de la ubicuidad, me hubiera perdido alguno por problemas de horario.

En la mirada del escritor están los temas. Un objeto cotidiano, mirado por un artista, se convierte en una obra de arte o en un verso o en un principio de cuento. Lo especial no está en el objeto en sí, ni en el escritor. Una persona que escribe no es alguien extraño, sino alguien que provoca el extrañamiento con su mirada, que logra una nueva forma de ver las cosas por parte del lector. El sillón de Cortázar, por ejemplo.

Es curioso, la mirada provoca una forma de ver. Qué difíciles son las palabras. Qué absurdo vestirse de escritor o de cronista. Más bien hay que desnudar los ojos de todo prejuicio.

Así desnuda, vestida de persona normal, acudo a la filmoteca, sabiendo ya que puedo encontrármela llena de nuevo.

CINE. V MUESTRA AUDIOVISUAL LUSO-EXTREMEÑA. EL MES MÁS CORTO

La Asociación Cultural Videorama organiza la quinta edición de esta muestra de cortometrajes con el objetivo de potenciar y exhibir obras audiovisuales extremeñas y portuguesas, favoreciendo así el conocimiento de ambas filmografías y facilitando coproducciones futuras.

Se emiten los siguientes cortos:

—Uma noite ao acaso	*Director: Vítor Candeias*
—El callejón de la amargura	*Director: Julián Franco*
—Zé e o pinguim	*Director: Francisco Lança*
—Rupofobia	*Director: Telmo Martins*
— A film about us	*Director: Pedro Lino*
— Milagros	*Director: Manuel Paniagua*
— O beijo	*Director: Pedro Baptista*

Cuando se encienden las luces, tengo la sensación de no haber pestañeado siquiera. Sentada al lado de los organizadores, no se me ha escapado ningún comentario, como si las imágenes se deslizaran directamente de la pantalla a mis ojos en busca de esa mirada que las volverá distintas, sin necesidad ahora de palabras.

No podría elegir ningún corto. Me ha atrapado el primero, sobre todo porque escuchaba un idioma distinto del inglés que aparecía en los subtítulos y del español de los cuchicheos, y en medio de esa amalgama de eses me he perdido en la mirada del hombre que llega cansado a la estación y a punto de cerrar los ojos de sueño, confunde maletín y altera su propia vida al aceptar un pacto de silencio con el taxista que ha atropellado a un desconocido. En los ojos del viajero empieza un viaje hacia la perdición que contemplamos unas veces en la mirada del taxista y otras a través del retrovisor del taxi que nos muestra escenas dejadas atrás, pero que nos esperan delante. Un juego de miradas con un final inesperado.

O los dos cortos de dibujos animados, tan distintos. El de Zé, un mundo colorista y risueño, al que huye el niño para escapar de los gritos y voces de su propia casa. Un mundo que miramos con los ojos del niño que tiene lo que desea, aunque sea en sueños: un pingüino por amigo, una feria a su disposición, hasta un demonio escapado del tren de la bruja y que acaba convirtiéndose en un miembro más de la familia. Un miembro que asa salchichas en la barbacoa con su fuego antes amenazador.

Qué contraste con la otra mirada, rápida, agobiante de puro rutinaria. Un corto que nos muestra cómo somos en realidad vistos a tamaño de dibujo animado: seres que vociferan en los coches, atrapados en atascos interminables, seres que trabajan en fábricas y no dejan de beber café para mantenerse despiertos, que vuelven a casa otra vez en los coches para dejarse atrapar en los mismos atascos. O que viajan como fardos bamboleantes en el metro. Y, de fondo, como una letanía de esperanza la voz de Luther King, o de Gandhi. Qué distinto ver el mundo desde los ojos del niño Zé o desde los ojos vacíos de estas personas sin esperanza. De nuevo en la mirada está la explicación de los hechos.

Y la mirada irónica sobre las manías del corto *Rupofobia*, al que no hacen falta palabras para provocar la media sonrisa comprensiva ante la idiotez ajena y la lógica venganza del humillado.

Y los cortos españoles, con la recreación histórica de un romance de ciego sobre la leyenda de la calle Amargura. De nuevo lo normal se nos presenta extraño. Los ojos ven en la pantalla lo cotidiano, las calles

que esperan fuera, actores que son vecinos, actrices que han sido alumnas. Es el formato y la mirada del director lo que las convierte en ficciones. Basta imaginarlas fuera de lo normal para que las cosas se vuelvan fantásticas.

Como la narración irónica del corto de Azuaga, en el que a una mujer que podría perfectamente ser la madre de cualquiera de nosotros se le aparece la Virgen. Y nuestros ojos se ríen en silencio de lo que vemos en pantalla, como si no fuera trasunto irónico y divertido de lo que pasa en muchos pueblos de España: la madre haciendo ganchillo, la hija, África, que baila al compás del cepillo mientras barre o enseña sus pechos a los clientes, al inclinarse para ofrecerles dulces en la improvisada sala de espera, el hijo que deja de estudiar para atender la cola, el padre que protesta pero cede ante los billetes de mil que ve en la mesilla de noche, el altar con luces de colorines, con fluorescentes sacados directamente de las tiendas de todo a cien, mucho antes de que se convirtieran en todo a un euro.

El último corto nos deja un sabor agridulce, de beso de infancia e inocencias robadas. Ahora los ojos de un niño son los que cuentan: el amigo, la sala de recreativos, la amiga compartida que parece un lastre pero de la que los dos están enamorados secretamente. La lluvia cae tranquila en la pantalla sobre una feria cerrada, en la que resuenan los ecos de la montaña rusa y el tren de la bruja.

Es la misma lluvia que nos espera fuera, los mismos ecos de las pisadas del público sobre las piedras de la parte antigua.

Las gotas caen menudas y persistentes sobre todos nosotros. Muchas caras conocidas, muchos comentarios. Como siempre, me doy cuenta de que cada uno ha visto siete cortos diferentes, multiplicados en el laberinto de espejos de las miradas.

Me pregunta alguien si no he tomado notas sobre los cortos con un lápiz de esos que brillan en la oscuridad. Miro su pelo cuajado de gotitas, y siento el frío de esta noche de octubre, el cansancio que se nota en los pies, que va subiendo como calambres pequeños por las piernas.

Un lápiz de esos que brillan, insiste. De los que llevan los críticos de cine. No me digas que puedes retener todo en la memoria.

Nos despedimos frente a Santa María. Cruzo sola el Arco de la Estrella, la parte antigua llena de *Ágora* omnipresente en los carteles. Voy camino del coche que debe de andar cerca de Trujillo.

No, no tengo lápiz de esos. Llevo todo en la cabeza agitándose, mezclándose, a la espera. No importan los datos concretos, sino la mirada. Y hay que dejar que repose, que asimile, que almacene lo que ha visto.

Las ideas se mueven al compás de los pasos.

No me hace falta apuntar para recordar luego. Para qué si no se inventaron los paseos.

Qué penuria ser tan normalita.

JUEVES 26 DE OCTUBRE

ENCUENTROS LITERARIOS.

Escritor: Almeida Faria

A las ocho y media de la tarde el Colegio Mayor Francisco de Sande tiene el olor cálido de las cenas familiares y un rumor agradable de mesa camilla.

Veo muchas personas conocidas en el patio, las mismas caras de otros encuentros literarios.

Siempre me ha gustado este sitio. Aquí he presentado la mayoría de mis libros, aquí he asistido a las presentaciones de muchos amigos. Mi mirada no puede ser objetiva. Está empañada por los nervios en el estómago de otras noches o las risas cómplices ante palabras perfectas.

Almeida Faria tiene cara de hombre bueno, de señor que pasaba por aquí y está sentado en el estrado como podía estar escuchando con nosotros. Me gusta desde el principio. No ha adoptado aún ninguna pose (dedo en los labios, mirada ausente, ojos caídos) que son tan comunes a quien nada tiene que decir. Parece sorprendido de que hayamos venido a escucharle, y nos contempla con curiosidad de niño. Nos mira y nos ve, cálido y cercano.

Después de las presentaciones de Miguel Ángel Lama y Malén Álvarez, que lee algunos de sus textos, Almeida Faria empieza a hablar. Pausado, lento,

sin dejar de mirarnos, tratando de explicarse por encima de todo. Y, como la mayoría de los portugueses que conozco, pidiendo disculpas por su mal español (que no es tal). No debe de ser fácil encontrar la palabra exacta en otro idioma. Ya es difícil en tu propia lengua. Y este hombre, de mirada humilde, se esfuerza y lo consigue, con tal de acercarse al público, como si nos lo debiera.

Nos atrapa enseguida. Es ágil, agudo, divertido. Habla de su obra en minúsculas, sin darse importancia.

Me encanta, dice una amiga que me acompaña. Me estoy divirtiendo mucho, no me habías dicho que esto era tan divertido.

No quiero contestarle porque no quiero perderme ni una sola de las hermosas historias de Almeida Faria. Parece que las ha inventado para cumplir mis expectativas. Ante mis ojos despliega un mundo de fantasías, reyes perdidos después de entablar batallas alucinantes en mitad del desierto en pleno mes de agosto, identidades suplantadas, un rey de España decapitando a los aspirantes, un niño que viene al mundo dentro de una gigantesca cáscara de huevo, una leyenda contada por la abuela, un farero, un rey misógino y poco entregado a la causa amatoria que deja paso a un niño fascinado por el pecho de su ama desde pequeño.

Conocía la leyenda del rey Sebastián, pero nunca me la habían contado. Al menos así, tan bien contada. Tampoco había asistido a una lección de humildad, de ironía, de humor satírico sobre él mismo y sus contemporáneos. Qué distinto ver cómo un portugués se ríe de su país. Me gustaría decirle que lo que cuenta también nos lo aplicamos los españoles. De hecho, parece entenderlo por las risas cómplices de los que le escuchan.

No conocía a Almeida Faria. En el programa leo que es uno de los más importantes novelistas de la nueva generación portuguesa, que obtuvo el Premio Revelación de Novela de la Sociedad Portuguesa de Escritores con el libro *Rumor Branco* (1962) a los diecinueve años, confirmando después su madurez literaria con *A Paixão* (1965), la primera novela de su *Tetralogía Lusitana*. Tiene siete libros editados y ha recibido diversos premios literarios. Actualmente, es profesor de Estética y Psicología del Arte en la Universidad Nova de Lisboa.

Su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano y español. Se caracteriza por abordar el tema de las luchas del pueblo portugués, los conflictos de clase y las nuevas relaciones de una sociedad que despertó tras la revolución de 1974. Faria posee una narrativa que no tiene nada de tradicional con una prosa cercana a la poesía. Fue el introductor de la revolución estética, caracterizada por la búsqueda de nuevas formas en la novela portuguesa. Sus novelas *Lusitania* (Alfaguara, 1985) y *El conquistador* (Tusquets, 1997) han sido traducidas al español.

Compro esta última en cuanto acaba la presentación. Igual de cercano que durante todo el acto, firma pacientemente cada uno de los libros que le presentamos. Se detiene en cada lector, hasta nos anota su correo electrónico.

Algunas horas más tarde, ya en casa, leo el principio de su libro y ya no puedo dejar de leer. En mis ojos aún mantengo la mirada tranquila del autor, su humildad, y ahora sus palabras. Hacía mucho que no quitaba horas al sueño por un libro. Mañana tendré que abrir bien los ojos para seguir mirando.

FADO EM SI BEMOL (FUSIÓN DE FADO Y JAZZ)

Fado em si bemol mezcla la tradición del fado portugués, lleno de poesía y saudades, con el ritmo del jazz. Las voces, acompañadas de la alegría de la guitarra portuguesa, son seguidas del sonido mágico y grave del contrabajo. El contraste de esta fusión es una experiencia que no deja indiferente a nadie.

El programa seduce. Hoy parece el día del oído. Hemos escuchado al escritor y ahora vamos a escuchar música. La distinción entre oír y escuchar es más clara que entre mirar y ver. Se lo comento a la amiga que me acompaña. No creo que hoy vayamos a escuchar música, dice muy segura. Con la cantidad de gente que habrá, date por satisfecha si puedes oír algo.

Media hora después tengo que darle la razón. No es que vaya a ser imposible escuchar al grupo sino que es imposible captar las palabras que alguien pronuncia cerca. Muchas caras conocidas, escritores, más estudiantes de por-

tugués (deberían convalidarles estas cosas, qué entusiasmo), los sempiternos profesores… El local está lleno. También influye que hoy es noche de reivindicaciones. Nos lo cuenta a voces un chico que recoge firmas. Quieren cerrar el local. O al menos impedir que se celebren conciertos. Sus palabras se pierden en el rumor portugués, español y portuñol que llega desde el fondo.

Se puede mirar, claro que se puede. La mirada es ajena a los ruidos. Se puede mirar, por ejemplo, cómo la gente se va enfadando poco a poco a medida que el retraso de los músicos aumenta. Eso no se mira, se escucha, dice mi amiga. El ruido de las protestas es sordo, va creciendo poco a poco y llega a su clímax cuando la gente descubre que los del grupo están fuera. Puedo ver cómo una alumna de portugués los increpa, en un medio portuñol, español, gallego. Nunca mais, les dice. Ellos sonríen, no sé si porque no se han enterado de nada o precisamente por todo lo contrario.

Un poco más tarde, por fin suben al escenario. Son las once y media de la noche y la cronista, por muy normalita que sea, está cansada y tiene sueño. No sabe que luego tendrá más, cuando sea tan incauta de abrir el libro de Almeida Faria y dejarse atrapar por el principio.

Ha llegado a su casa cerca de las dos. Aún tiene la cabeza llena de música. Ha cerrado los ojos y, ahora a solas, sí ha podido escucharla. Y es verdad que aunque es un poco purista, le ha gustado esta fusión. Extraña. A ratos demasiado extraña. El caso es que tenía razón el programa. No dejan indiferente a nadie.

Y estaba buenísimo el cantante, dice mi amiga. Buenísimo, de verdad, corrobora la estudiante que camina detrás de nosotras y que debe de tener también una madre que le advierte de los innumerables peligros de la parte antigua, porque nos pide por favor que la acompañemos un poco.

No llueve y la noche parece de cobre en las fachadas. No hay nadie por la calle, pero es imposible sentir miedo cuando se acaba de abandonar un lugar lleno de gente.

Con la cabeza en otras cosas, dejo que hablen de lo que han visto. Bastante tengo con intentar ordenar lo que he escuchado.

VIERNES 27 DE OCTUBRE

ENCUENTROS LITERARIOS CON LOS JÓVENES

Escritor: Almeida Faria

El escritor Almeida Faria ofrecerá una lectura a los estudiantes en el Instituto de Enseñanza Secundaria Profesor Hernández Pacheco. Se trata de jóvenes que profesan un gran interés por la literatura y periódicamente asisten a charlas de escritores. Esta iniciativa forma parte del proyecto de las Aulas Literarias de la Asociación de Escritores Extremeños en el que participan más de 30 institutos de Extremadura.

Me gusta que los escritores vayan a los institutos. Mejor dicho, me gusta que algunos escritores lo hagan. Es bueno que los alumnos conozcan a los que han escrito los libros que leen. Así al menos nos verán como personas normales.

En mi época no había la más mínima oportunidad de hacer algo parecido. Uno se leía el libro y lo comentaba, personajes, ni muchos ni pocos, los justos, te ha gustado el libro, sí, opinión personal, diez líneas.

Me he visto muchas veces en la misma situación en la que está Almeida Faria. Contemplada por muchos ojos, comentada por bocas que no callan nunca, sin saber muy bien qué espera ese mar de cabezas que parecen agazapadas aguardando que pronuncies alguna palabra mágica.

He leído que es profesor. Al menos eso tiene ganado. Y lo demuestra. No aburre, no se endiosa, divierte. Los alumnos lo agradecen, se callan, hacen preguntas. La cronista, que en su otra vida es profesora de instituto, sabe que solo hacen preguntas cuando de verdad están interesados. No hay público más feroz ni más agradecido.

No había leído nada de literatura portuguesa, me dice secretamente un profesor.

Yo tampoco había leído nada de este hombre y me ha fascinado, le confieso.

Ojeras del concierto, me dice un compañero, con complicidad.

De leer, le digo. Me quedé hasta las tantas leyendo *El conquistador*.

Ya.

Y en sus ojos la mirada irónica del que cree que ha visto todo, o sea, nada.

CONCIERTO DE SARA TAVARES

Sara Tavares saltó a la fama a los 16 años cantando en un concurso de televisión y hoy es reconocida como una de las mejores voces contemporáneas. Descendiente de inmigrantes de Cabo Verde, Sara Tavares creció entre la cultura portuguesa y la caboverdiana. Inicialmente conocida como cantante y compositora de gospel, funk y soul, fue incorporando gradualmente ritmos africanos en sus composiciones, rescatando para su repertorio canciones tradicionales de la música criolla. Sara Tavares se mueve con igual soltura en las raíces musicales de su pueblo, que canta en criollo, en las profundidades del soul o en las saudades de las melodías portuguesas. Es una de esas cantantes que demuestran que el lenguaje de la música es universal.

A estas alturas de la semana, ya no caben tópicos. Son las nueve menos cuarto, he encontrado aparcamiento justo detrás del Gran Teatro, no llueve y no me hace falta credencial para entrar.

Hay cola y la gente muestra su invitación. Soy la cronista, digo, pero sin dejarme acabar la frase, el portero me franquea la entrada. Por fin debo de haber adquirido aspecto de cronista, aunque tal vez haya influido la presencia siempre amable de Isidro Timón, que me conoce de otras ocasiones.

Hemos dicho que fuera tópicos. El patio de butacas está lleno y van apareciendo muchas cabezas en los palcos. Consigo encontrar uno libre justo antes de que lo invadan y desde la altura contemplo la capacidad de convocatoria de Sara Tavares. Me da tiempo a mirar cómo se van llenando los pocos huecos, cómo la gente se saluda, queda para después, cabecea satisfecha de reencontrarse.

El concierto empieza con puntualidad no española. En un escenario muy simple, sin apenas decoración, la cantante, acompañada de sus músicos, empieza a entonar una nana, lenta, lentísima, con una voz prodigiosa. El silencio es total. Parece conducir al público por las notas cadenciosas, acunándolo. Luego, poco a poco, de su mano siempre, nos hace un recorrido por toda su música (incluso en criollo) para acabar poniéndonos de pie, entonando el estribillo con nosotros y parando su música para escuchar a unos niños que, desde el patio de butacas, quieren cantar con ella.

No sé cómo hemos pasado de las primeras notas de la nana al vértigo de ahora, en que todos estamos de pie, dando palmas. El pasillo se ha llenado de bailarines espontáneos y el público es conducido hasta la apoteosis final.

Me ha gustado ver el concierto desde el palco. Escuchar, me corrijo enseguida. O mirar. Mejor mirar. ¿No habíamos quedado en que un espectador participa? Yo no me he limitado a sentarme, he tocado palmas, he seguido el ritmo, he cantado y he visto cómo cantaban los demás. Lo de bailar dejémoslo aparte. Una siempre ha sido muy respetuosa consigo misma y los otros espectadores. He preferido mirar. O sea, ver, pero participando.

En la mirada de la gente que abandona la sala hay una chispa de satisfacción, mezclada con caras de calma y dicha.

Si esto de Sara Tavares no ha sido una catarsis, que venga Dios y lo vea. O lo mire, según le plazca.

EXPOSICIONES

Historia de la lengua portuguesa

Aunque ya no se parece en nada (tanto que no es ni el mismo lugar ni por supuesto el mismo edificio) a la facultad donde yo estudié, siempre es un placer volver a casa.

La exposición está formada por varios paneles que nos cuentan la historia de la lengua portuguesa. Muchísima información en tan poco espacio, que contrasta con ese vestíbulo inmenso siempre lleno de gente. Los paneles están colocados camino de la biblioteca, no pueden tener mejor sitio. Cualquiera que atraviese este pasillo, se encuentra con ellos.

Una, que tiene su corazón siempre cerca de las clásicas, y aún se detiene en los orígenes hermosos de las palabras, se empapa de lo que hay escrito en cada panel:

— Da fala à escrita.

— Os suportes da escrita.

— Os primeiros textos (testamento de Alfonso II).

— Roma.

— A escrita como arte (ah, esas letras góticas, tan hermosas, los copistas dibujados al lado de sus utensilios en estos dos paneles tan hermosos).

— O galego-português (con el testamento de Estevo Pérez de 1230).

— Escritores y poetas, tantos, tantos, que ocupan dos paneles.

— A língua portuguesa no mundo.

— Um território para uma língua nova.

— O poder da escrita (no puedo estar más de acuerdo).

— Brasil.

— Novos tempos, novos usos (para que veamos todos la increíble capacidad de adaptación y creación de las lenguas).

— Uma língua em mundança (maravilloso panel que me permite descubrir cómo funciona el lenguaje de los móviles en portugués: Td bem? pk…O sea, la comunicación por encima de todo, qué lejos del uso de las palabras para distanciarnos).

Sólo una pega. Demasiada información para tan poco espacio. Difícil de ver, pero también de mirar.

ESCULTURAS DE ARTISTAS DE EXTREMADURA Y EL ALENTEJO

La Asociación Regional de Universidades Populares de Extremadura presenta en esta exposición parte del trabajo de promoción de artistas plásticos e intercambio cultural que viene realizando desde el año 2002 entre Extremadura y el Alentejo a través del Circuito Cultural Transfronterizo, gracias a la colaboración del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas de la Junta de Extremadura.

Una exposición en la que pretendemos que el espectador disfrute, perciba y aprecie la dualidad y la riqueza que nos ofrecen Extremadura y el Alentejo, Barbosa y Freire, la madera y la piedra, el arte y la naturaleza.

Un intercambio en todos los sentidos y para todos los sentidos.

Con ellos dispuestos entro en la exposición. Apenas puedo ver nada entre el trasiego de gente. Llueve fuera, esta vez a cántaros, y son muchos los que aguardan a que escampe refugiados en el Palacio de Carvajal. Abriéndome paso como puedo, llego al jardín, sin detenerme en el patio,

invadido de turistas. Es poco lo que puedo ver de las esculturas de Luis Barbosa, esculturas que tienen corazón, como dice el programa, que tienen vida, que son páginas abiertas del pasado, presente y futuro. O sea, esculturas que se leen.

No hay nadie en el jardín. Siempre me ha gustado la paz de este fragmento de parte antigua. Hoy su simetría de espacio oculto está ocupada por las estatuas de piedra de Jorge Freire. Bajo la lluvia incesante, torsos femeninos, parejas desnudas, redondeces que contradicen el frío. Surge el mármol de la hierba, en el banco de la entrada, al lado del pozo. Da gusto escuchar el sonido de las gotas sobre la superficie blanca, cómo en medio del silencio, hay vida en este lugar de piedra.

Más tarde, ya sin lluvia, toco la superficie perfecta.

Dentro, sin gente, me detengo en las esculturas de Luis Barbosa. La mirada se detiene en las arrugas de la madera, las oquedades, la fibrosidad de los seres tallados.

Son distintos materiales. Sin embargo, a pesar de que debo mirar, sin dejarme influir por los demás sentidos, prefiero la perfección del mármol bajo la lluvia. Son hermosas las esculturas de madera, y probablemente parezcan más vivas, pero me quedo con la turbadora exactitud de la pareja de mármol que se abraza en mitad de un jardín, a la vista de todos. Guardo su recuerdo húmedo en la yema de mis dedos.

ESPAÑA Y PORTUGAL. 20 AÑOS DE INTEGRACIÓN EUROPEA

Hace ya veinte años que Portugal y España están contribuyendo a transformar Europa y a dejar que Europa deje su huella en ellos. Palabras, discursos grandilocuentes, felicitaciones de cumpleaños y respectivas medallas aparte, subo a mirar de nuevo. Esta vez son fotografías, primeras páginas de diarios españoles y portugueses correspondientes a la fecha de adhesión, documentos y viñetas de humor.

La fotografía siempre me ha parecido un arte difícil. Técnico, lleno de estudios de luz, enfoques, ángulos y otras palabras agudas. Mis fotos suelen ser de esas en las que las cabezas aparecen cortadas, el monumento minúsculo o

el dedo de la artista inunda con su presencia el paisaje, más que nada porque se ha colocado delante del objetivo.

Me parece un arte difícil, y por eso mismo digno de respeto. Las fotografías no dejan de ser miradas congeladas en un instante, miradas que ayudarán a la mía a contemplar veinte años de integración europea.

Hay fotos de muchos tipos: unas dan testimonio de la época, como la de de la madrugada del 23-F, o la de González y Soares en la Raya o la de la caída del muro de Berlín o las que nos muestran las colas en Madrid y Lisboa para cambiar escudos y pesetas a euros; otras son hermosísimas, cuentan historias como la titulada Fusiles y claveles o Todos contra el fuego. Las hay que congelan el alma al mostrar la mirada congelada de alguien que no volverá a mirarnos, como la de Olof Palme,

Y las portadas de los periódicos, algunos desaparecidos, como ese titular "Europa al fin" que nos muestra el periódico *Ya*. Ironías de la vida, que dice la gente.

Y las viñetas de humor, más terribles que las noticias a veces, que arrancan una sonrisa agridulce, como la de El Roto, por ejemplo.Y una se acuerda de Yugoslavia, por ejemplo. Qué lejos parece haberse ido todo.

Con los ojos de otros he mirado. Otros han seleccionado para mí las imágenes en las que muchas personas permanecen atrapadas mirando a su vez.

Nunca la que observa se ha sentido más observada.

LIBRERÍAS

Semana del libro portugués.

Da gusto que hacer una crónica te obligue a visitar librerías. En Cáceres conozco a casi todos los libreros, de hecho los conozco desde siempre, incluso cuando no vivía aquí y Cáceres era ese paraíso donde se podía abrir el plástico de las novelas sin que nadie te obligara a llevártelas a casa.

No puedo comprar libros en otros sitios, me parece una traición a una gente que ha elegido vivir entre volúmenes y hacérnoslos llegar con olor a

página nueva y no a pescado congelado, que nos deja toquetearlos, que nos informa de las últimas novedades, que nos hace descuentos en las ferias que tienen algo de festivo, y que no los regalan con lotes de calcetines negros.

En casi todas las librerías triunfan Saramago y Coelho y, por supuesto, Pessoa, al lado de los diccionarios y las gramáticas (ya quisiera yo ese sitio, perdida entre las palabras), libros de texto, carteles de *Ágora*.

Además de historias de la literatura y de la lengua, los libros más vendidos son los obligatorios de la Escuela de Idiomas. Eça de Queirós, José de Alencar (*O Guaraní*).

En las demás, Mia Couto (*A Varanda do Frangipani*) presentado como el futuro premio Nobel, o Margarida Rebelo Pinto (*Pessoas como nós*), novela para jóvenes que me recomiendan, aunque muchos saben que esa etiqueta de para jóvenes no me gusta nada, como si no fueran capaces de leer lo que no estuviera trillado y masticado.

Más mujeres, Sophia de Mello, Clara Pinto Correia, Lygia Fagundes, y, por supuesto, ocupando un lugar de honor, Almeida Faria.

Todos los libreros coinciden en que tienen libros de autores portugueses todo el año. Que la gente suele pedirlos, y no solo los estudiantes de idiomas. Que simplemente esta semana los han dejado más a la vista. O han organizado sus escaparates.

Me pasaría las tardes como cronista de libros, hojeando, mirando, oliendo a página nueva y forro de colegio.

Cuánto me queda por leer, Dios mío.

SABORES DE PORTUGAL

Semana de la cocina portuguesa en diversos restaurantes de la ciudad.

Son varios: Ágora, Atrio, Corregidor, El Figón de Eustaquio, El Último Café, Florencia, La Fusa, Las Indias, Oquendo, El Puchero, Torreorgaz.

He cruzado muchas veces la frontera (cuando había fronteras de casas blancas y persianas verdes) para comer en Portugal. He hecho cola en

Elvas, he recorrido Lisboa en busca de un sitio recomendado como el del mejor bacalao del mundo, guardo aún el sabor de un espeto de sardinas en la playa de Estoril y de unos mejillones enfrente del Duero, al lado de las bodegas de Oporto, mientras contemplábamos el perfil de la ciudad reflejada en el río.

Así que ahora que no hay fronteras dibujadas en los mapas y nadie habita las casas blancas entre los pinos, más allá de Valencia de Alcántara, cruzo las líneas inexistentes con mucha mayor frecuencia.

Primum vivere, deinde philosophari.

No he tenido que esperar a que se celebre esta semana de encuentros para recorrer las librerías (aunque sí tengo que agradecerle a *Ágora* mi particular encuentro con algunos escritores portugueses) ni tampoco para acercarme a la comida portuguesa (aunque es de agradecer que por una vez sea la montaña la que se acerque a Mahoma y no tenga que coger el coche para comer en Portugal). Cruzo la calle y me encuentro en el V Centenario una carta con un apartado para la comida portuguesa, paseo un poco y encuentro bacalao de mil maneras posibles y de todas las regiones, postres, arroces, dulces, vino verde, más dulces…

La comida portuguesa sabe a Atlántico. No es para gente a la que le guste comer poco o que busque sabores poco definidos. No es régimen de filósofos, ni tampoco debería serlo de cronistas, que necesitan un estómago vacío para escribir mejor y no siestas españolas para contrarrestar los excesos.

Los ojos se detienen en cada plato de la carta. Luego, cuando los tienen delante no se cansan de mirarlos.

Comemos más con los ojos, dicen. La buena comida también nos entra por la mirada. Trato de no dejarme engañar por ella, de contemplar lo que tengo delante sin prejuicios, olvidada de otros sentidos, sin querer recordar otros momentos lejanos: rumor de olas, risas, olores de calles empedradas, tacto frío de una pared de mármol en Sintra.

No hay forma. Esta vez la mirada se empeña en ver más allá de lo que tiene delante, sin centrarse. Igual que asociamos ciertas comidas con la infancia y aseguramos que no hemos vuelto a probar nada parecido. Cada plato que tengo delante lleva el nombre y la apariencia de otros lugares, de otras

épocas, recuerdos de gente perdida, conversaciones a medias, risas, botellas de vino que se vacían enseguida…

Primum vivere, deinde philosophari, que decían los clásicos. Mejor cerrar los ojos y dejarse de trascendencias. Ya habrá tiempo para recuerdos.

Cierro los ojos y dejo que me inunden los sabores.

Primum vivere.

Ya contaré después de la siesta lo que he filosofado.

DOMINGO

TEATRO INFANTIL.

Teatro do Imaginário

Amores y humores de las marionetas.

LA MIRADA DE LOS OJOS DE ALFONSO

Nunca había ido al Gran Teatro a un espectáculo infantil. Es más, no puedo recordar un domingo por la mañana en el Gran Teatro.

El día está luminoso, el vestíbulo brilla y los pasillos parecen ajenos a noches bohemias.

Hace mucho que el público ha llenado el patio de butacas. Nos hemos sentado en un palco, por si Alfonso se aburre y su padre tiene que sacarlo fuera.

Desde aquí arriba, se asoma y señala, con los ojos muy abiertos, grandes, negros, negrísimos. Todo son ojos que no quieren perderse nada desde la atalaya de sus tres años casi cumplidos.

El patio de butacas parece tener vida propia. Se ve un mar de cabezas desde el palco, cabezas pequeñas de cuerpos pequeños sentados a duras penas sobre butacas enormes. Mar moviente de risas sofocadas y manos que se alzan.

De pronto, silencio. Alfonso me aprieta la mano y se pega a mí, los ojos más abiertos que yo, esperando a ver qué aparece de la oscuridad.

Sale un hombre vestido de negro. Hay ocho sillas con trapos de colores muy vivos sobre el escenario, y sobre cada una de ellas, un muñeco, partes de

muñecos, una cara, guantes blancos, negros, objetos inanimados que van a cobrar vida.

Luego, al final, él depositará una rosa sobre cada silla, en homenaje mudo a los verdaderos personajes, porque él no lo ha sido, ha sido el medio a través del que se nos han aparecido todos los actores, al compás de una música suave. Los muñecos han nacido de sus manos, manos enguantadas, blancas, negras, o a veces desnudas.

Ante las miradas sorprendidas de los niños ha surgido un bebé al que hay que dormir, una bailarina con guantes altos y botas, formada por dos manos que dan vida a un cuerpo esbelto y sensual. Después una vieja con flor que ha bailado con la sombra negra que la sostenía, y, enseguida, sin dar tiempo a que los niños se aburran, un mono o un pájaro de vivos colores (había opiniones para todos los gustos), que seguía con su cabeza los movimientos de otra mano, independiente, como si el señor, que decía Alfonso, tuviera tantas manos como criaturas. Después, un muñeco articulado, quizá una muñeca, vista la suavidad con que la trataba el artista, cansada, desvaneciéndose, y un demonio, una cabeza roja que asustaba al mar de cabezas, que seguían su ritmo un poco asustados, y más aún, un baile con una mujer árabe, engarzados los dos por un pañuelo y un payaso o su cabeza, a la que no hacía falta cuerpo para cobrar vida, y otra cabeza blanca…

Y, después de tanto, solo silencio.

Todos los personajes habían ido naciendo en cada silla gracias a la magia del señor de negro. Ya no hace más magia el señor, dicen abajo, en el patio.

Se encienden las luces. Hay que reconocer que los niños han sido el mejor público. Durante la actuación ha habido muy pocas protestas, algún llanto, muchas risas. Ojos fijos, miradas de asombro, seguramente manos que apretaban otras en los momentos de miedo.

Y los ojos de Alfonso, abiertos de par en par, como el telón de su primera función de teatro.

—No es un rollo el teatro, le decía un niño a su madre, en la salida.

—Pero no han hablado en portugués —decía un padre.

—Bueno, es que no han hablado en ningún idioma.

Qué manía con lo de escuchar. Hoy sí que hemos mirado y disfrutado. Qué más da la lengua en un espectáculo como el de hoy, que está por encima de todas las palabras.

Alfonso mira encantado el escenario por si acaso saliera alguna marioneta más.

—He dicho bravo —dice.

Y yo estoy encantada de que su primera vez haya sido así, sin palabras, al final de una semana dedicada a eliminar fronteras. Y prejuicios, dicho sea de paso.

Ver no es mirar, el portugués no se aprende enseguida y en Cáceres los sitios se llenan si ofreces un programa de calidad. Haber aprendido esas tres cosas no es mal bagaje para una sola semana.

Como el lunes, salgo con la sensación de haber ganado tiempo, no de haberlo perdido. Ahora solo queda cerrar los ojos para recordar lo mirado, lo visto, lo oído o lo escuchado. Hasta lo tocado. Los dedos de Alfonso apretando los míos han sido el mejor indicador de que le gustaba el teatro.

Con su mano en la mía, termino la semana como la empecé. Justo a la puerta del Gran Teatro.

Definitivamente, el tiempo es circular. ❖